

EL EXPRESIONISMO POETICO EN LA OBRA DE MOISES CASTILLO y WILMER COLON*

Rodolfo J. Lugo-Ferrer

"No en la calle alargada. Aquí, siempre a la vera. Limpiabotas huraño que se aprende la vida. Y aunque el existir así me causa cierta herida, bendigo, íntimamente, al que inventó la acera". Para Moisés Castillo. "Ya ve, unos pintan y otros palabrean". Tite Curet Alonzo.

Una de las características de nuestro siglo, es precisamente, la variedad de estilos artísticos que fluyen a través de todo tipo de ideas y recursos pictóricos, los cuales están en disposición de cada artista para ser utilizados con toda la libertad para experimentar. Cuando estamos frente a una muestra de arte figurativo, que sigue los cánones de la tradición pictórica occidental, en lo que respecta a la ejecución del género del paisaje o bodegones, nos parece escuchar a algunos decir que el arte debe expresar la mentalidad de su época y simbolizar las expresiones que enmarcan la sociedad en que ese arte se da. Pero como dice E.H. Gombrich: "El arte parece ser el único asilo en donde los caprichos y gustos personales aún son permitidos e incluso fomentados".

Con este ensayo pretendo darle un acercamiento a la producción pictórica de los artistas peñolanos Moisés Castillo y Wilmer Colón, en especial, al tratamiento del género del paisaje que, ellos tan majestuosamente, trabajan. Estos pintores formulan un discurso plástico donde se evidencia una pasión por la naturaleza, en donde se manifiesta una infinita utilización colorista, un sólido dibujo marcado por líneas precisas en detalles. El volumen da grandiosidad a la expresión, en donde el paisaje emerge resaltando los planos de la composición, logrando resaltar la vegetación de nuestra tierra.

El paisaje como género pictórico se realiza en Occidente desde las representaciones de elementos marinos en el arte mural cretense, luego en las representaciones bucólicas de las villas romanas, sobre todo en Pompeya, lugar de veraneo de los patricios romanos. No es hasta el siglo XVII que la Naturaleza adquiere profusión como motivo o tema en la composición pictórica. Decía Caravaggio que no había más maestro que la Naturaleza.

Son los franceses Claude Lorrain y Nicolás Poussin quienes comienzan a ofrecernos planteamientos o nos presentan a la Naturaleza como eje central en términos artísticos. Otros grandes maestros de la pintura

occidental que trabajan el paisaje son los holandeses Simon Viegler, Jan van Goyen y Jacob van Ruisdael, siendo los primeros en descubrir la belleza del cielo y lo pintoresco en una escena corriente. El belga Antoine Watteau logra escenas de paisajes artificiosos y extremadamente preciosistas mediante la utilización de colores exquisitos y una frivolidad exagerada, muy característico del rococó. Otros pintores que trabajan el género del paisaje son los ingleses Joshua Reynolds y Thomas Gainsborough, cuyos paisajes no son sacados del natural, sino que son paisajes compuestos. También, se incluye en este grupo al francés J.H. Fragonard.

En el siglo XVIII, el movimiento romántico exalta al paisaje como personaje principal en todas sus manifestaciones. Ejemplo de esto es la novela Werther de Fausto. Para los pintores de este movimiento artístico, el paisaje, considerado como un género secundario, pasa a ser importantísimo, dándole una nueva dignidad. Se destacan los ingleses William Turner, quien quiso sobrepasar al gran paisajista Claude Lorrain y John Constable, cuyos paisajes amontonan todos los efectos que podían hacerlos más sorprendentes y dramáticos, en donde sus cuadros dan la concepción más grandiosa y sublime de la Naturaleza, a decir de Gombrich. No podemos dejar de mencionar al alemán C.D. Friedrich.

En la segunda mitad del siglo XIX, la Naturaleza, y, por ende, el género del paisaje, adquieren resonancias lírico-poéticas con los impresionistas. Fue Claude Monet, quien impulsó a pintar al natural, pues había estado influenciado por Turner, ya que él vivió en Inglaterra. Los impresionistas, habían entrado en contacto con el arte japonés, y a la vez, éste había recibido influjo del arte chino. Los pintores de este movimiento tuvieron como maestros a los japoneses Hokusai y Utamaro. Con Vincent van Gogh y Paul Gauguin, el paisaje cobra fuerza avasallante. La tradición paisajística se desborda con un sin número de artistas que sienten la fuerza, más que debilidad, por la Naturaleza, fuente inagotable de inspiración.

En Puerto Rico, el paisaje está íntimamente ligado a la reafirmación de identidad nacional, y se viene cultivando desde Oller, ya que en los cuadros de Campeche no lo vemos como un todo composicional, sino como un mero accidente decorativo. En este siglo, destacan: Manuel Jordán, Julio Medina, Oscar Colón Delgado, Julio T. Martínez, Juan Rosado y Miguel Pou, entre otros. Después de la década del 50, hay una profusión del paisaje urbano, con maestros como Félix Rodríguez Báez y Rafael Tufiño. La maestra Myrna Báez trabaja el género del paisaje con gran majestuosidad.

Volviendo a los pintores Castillo y Colón, en sus cuadros, el espacio compositivo lo logran siguiendo las reglas conforme a la tradición. Pintan sensaciones, formas, colores no tal cual lo ven, sino como se imaginan que son; logrando así una representación pintoresca del paisaje.

Sus composiciones son armónicas, mostrando un equilibrio perfecto. Los paisajes coloristas no crean grandes problemas interpretativos de la Naturaleza, como fueron capaces de crear los maestros del Quattrocento Italiano respecto a los pintores medievales, o, los planteamientos de Lorrain, Reynolds o Gainsborough. Los trabajos de estos pintores peñolanos, utilizan un lenguaje pictórico sencillo mediante el empleo de conocimientos académicos de dibujo y sombreado; logrando en sus cuadros resultados armónicos.

Castillo y Colón, formulan su discurso plástico mostrando su pasión por la Naturaleza, específicamente, el paisaje logrado con base a una gama infinita de verdes, mostrando la monocorde variedad de la flora como escenario de la composición. Nos llevan, a través de una travesía colorista, lograda mediante la realización de un dibujo sólido.

La presencia humana, podríamos decir es ausente, pues es el paisaje: árboles, ríos, casuchas, lo que ostenta el control compositivo. La Naturaleza se contempla siempre eterna. La composición no es fiel a la realidad. El paisaje, queda montado en un mundo mágico sereno y armonioso. Las obras de estos dos peñolanos, son una ensoñación, en donde la Naturaleza exuberante del trópico, reina, gracias a la fuerza de la luz, marcando los planos volumétricos del dibujo. Los colores están tratados con destellos primarios, rayando en un folklorismo primitivista.

A pesar que la composición en algunos cuadros es rebuscada, en otros un tanto artificiosa, en su totalidad dan sentido de profundidad, serenidad y holgura, sin ser rígidos, ni forzados, manteniendo balance y armonía. El paisaje del trópico ha sido definitivamente su gran maestro. Los pintores han hecho su propia interpretación personal mediante una excelente utilización de la luminosidad de los tonos cambiantes. Logrando una liviandad dinámica, han podido comunicar nuestro paisaje a través de una imagen poética, mediante una muy buena impresión de avivamiento de los colores, yuxtaponiendo los complementarios, para darnos así una magnífica mezcla óptica.

Su representación de la Naturaleza, tal como ellos la conciben, responde a sus propias convicciones, no son innovadores, sino auténticos. Esta -la Naturaleza- le permite indagarse su interioridad; le permite bordear el territorio de la emoción de cada uno de ellos. Los cuadros de Castillo y Colón, son la voluntad expresiva de dos artistas que sienten el compromiso con la vegetación y la naturaleza de lo esencial, plasmada a través de una imagen poética de la realidad. De una realidad alterada, transformada y modificada por la subjetividad.

La obra de Castillo y Colón, es un expresionismo poético, en donde logra representar la realidad afectivamente, permitiendo crear un vínculo sentimental con la Naturaleza.

* Publicado en *Yagrumal*, revista de la Oficina de Arte, Cultura y Turismo del Municipio de Peñuelas, Puerto Rico, Número 4, julio-diciembre 1995, p. 68-71.